

LA
SON
RISA
VER
TICAL



Es mi vida

.....

FORTUNATA
BARRIOS

TUSQUETS
EDITORES



De esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Es mi vida
©2019, Fortunata Barrios

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.
Bajo su Sello Editorial Tusquets
Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: Junio 2019

ISBN: 978-612-4350-26-9
Libro electrónico disponible en www.libranda.com

ÍNDICE

.....

Asunto: Nos separamos

Asunto: Cuéntamelo todo

Asunto: Estoy de malhumor

Asunto: Eres mi heroína

Asunto: No me dejes

Asunto: Espero tus consejos

Asunto: ¿Estás mejor?

Asunto: Así veía mi cuerpo

Asunto: Soy otra

Asunto: Es mi vida

*¿En qué hondonada esconderé mi alma
para que no vea tu ausencia
que como un sol terrible, sin ocaso,
brilla definitiva y despiadada?*

JORGE LUIS BORGES,
«Ausencia», Fervor de Buenos Aires

Quae nunc expromam absens auda-
cius; epistola enim non erubescit.
(*'Ahora desde lejos seré más atrevido,
pues una epístola no se ruboriza'*).

MARCO TULLIO CICERÓN,
Epístolas familiares

Asunto: Nos separamos

Vero <vero@suyo.com>

25 abr. a las 8:33 a. m.

Hola, querida. Estoy hecha puré. Ayer me agarró con roche el «síndrome del domingo». Un horror. Tú sabes que sufro de eso desde chiquita, cuando la cercanía del lunes me retorció literalmente las tripas aunque hubiera hecho todas mis tareas, como siempre. Pero, créeme, el de ayer ha sido el peor de mi vida. Recién logré pegar el ojo al amanecer (di vueltas toda la noche, recontra angustiada), y cuando me desperté descubrí que me había quedado, hecha una idiota, bien arrimada a mi lado de la cama, como si Fer estuviera roncando, como siempre, al costado. Supongo que es normal, porque anoche dormí sola por primera vez después de veintiún años, que son los que llevo casada. ¡Alucina! En una de esas, casi me levanto a llamar a Rafa por Skype, porque lo extrañaba horrible. (Ya me fregué: también estoy sufriendo del «síndrome del nido vacío»). Pucha, por suerte me di cuenta de que en Boston es la misma hora que en Lima y me aguanté. Hoy Rafa tenía examen de Armonía 1, y lo iba a fregar con la mala noche. Además, le he dicho a Fer que ni siquiera nuestro hijo tiene por qué enterarse de esta «separación»; aunque en verdad Rafa no tiene un pelo de sonso y ha sufrido mucho con nuestras broncas. A veces pienso que se fue a estudiar a Berklee en lugar de

quedarse en Música de la Católica solo para librarse de nosotros. (Amalia, criar a un hijo no es fácil, pero haber tenido a Rafa es lo mejor que me ha pasado en la vida; no sabes lo que te pierdes). En todo caso, me muero antes de estar en boca de todo el mundo. Acá entre nos, se me ocurre que a Fer, en el fondo, le gustaría que la gente chismee, sobre todo ahora que se ha vuelto el fotógrafo de moda y se codea con la *socialité* limeña. Para mí, querida, los trapitos sucios se lavan en casa.

Te cuento que no fue nada fácil convencerlo. Cuando empecé a hablarle, toda nerviosa —a pesar de que nos estábamos tomando un vino que descorché para relajarme—, al toque me di cuenta de que tenías razón, de que si me abría con él y le decía toda la verdad, lo iba a herir por gusto. Así que no le dije que jamás en mi vida había tenido un orgasmo (no habría hecho falta decirle que «con él», porque Fer sabe perfectamente que jamás he estado con otro), ni que me había propuesto descubrir el sexo investigando en serio por internet para recuperar nuestra relación. Me mordí la lengua y solo le expliqué que teníamos que dejar de vivir bajo el mismo techo, porque, o sea, sus ataques de furia y su mal humor se habían vuelto insoportables (cosa muy cierta), y que hasta yo me avergonzaba de lo gritona y capaz de decir cosas horribles que me había vuelto (tú sabes, Amalia, que yo nunca he sido así). Le confesé que estaba agotada de nuestros vaivenes emocionales, harta de pasar del amor al odio a cada rato, «sexo» de por medio (las comillas son solo para ti, ja, ja).

Costó, pero al final entendió (o se hizo el que entendía) que la única manera de salvar nuestro matrimonio era «rein-

ventándonos» (ya sé que odias la palabrita, Amalia, pero a mí me encanta), saliendo de la rutina, viéndonos menos, dejando de acostarnos y despertarnos juntos. Al comienzo se desconcertó horrible, y luego me tomó a la broma, cochineándome todo simpático como es él cuando está en buena onda («Se me rebeló mi cholita cajamarquina», y cosas así me decía, matándose de la risa); solo después se fue dando cuenta de que yo iba recontra en serio y le fue cambiando la cara. Me miraba con sus ojos negros de loco (¡belllos!) bien abiertos, se revolvía los pelos largos, nerviosazo, con los dedos, se rascaba la barbita como si un bicho le picara. (Qué churro es, por Dios... ¿Es normal que me siga pareciendo taaan churro después de tantos años?). Perdona, me perdí... Bueno, la cosa es que, llegados a este punto, se enfureció mal, y yo me asusté. Me acusó de tirar la toalla a la primera, de seguramente querer estar con otro (imagínate), me amenazó con no volver más si salía por esa puerta. ¿Puedes creerlo? Yo le comuniqué, con voz firme y clara (y lágrimas en los ojos, lo admito) que mi decisión estaba tomada, aunque (o porque) lo quería con toda el alma. Entonces bajó la cabeza y se rindió, qué le quedaba.

Luego me miró con cara de cordero degollado y me preguntó «¿En serio te agarró la terca, serranita? ¿De verdad me estás botando?». Yo dije que sí con la cabeza, pero cometí el error de mirarlo, derretida. Fui obvia. Entonces me clavó los ojos con ganas locas. ¡Pucha! Yo, adrede, ni siquiera había ido a la peluquería a plancharme el pelo, me había hecho un moño a la volada, seguía con la ropa de los pilates y estaba toda sudada desde ayer. Nunca me ha gustado que Fer me vea así, porque sé que a él le encanta ver-

me arreglada, pero quería parecerle lo menos atractiva del mundo, a ver si evitaba esta vez que cambiara conversación por cama. No me ligó. Después de decirme «Ya, cholita, atraco; vamos a reinventarnos», de anunciarme que se llevaría algo de ropa, pero no toda (me miró como diciendo «¿Porque esto es temporal, no?») y que se iría adonde su mamá (a ver cuánto le dura aguantar a la borracha de su madre y a su hermana Clara, que, por más melliza suya que sea y por famosa pediatra que haya resultado, es su polo opuesto, además de recontra marciana), se me sentó al lado diciéndome «Ya, Vero, mi amor, ven; vamos a reinventarnos ahorita, que ya te estoy extrañando». No había terminado la frase cuando me clavó un beso en la boca recontra apasionado, y su aliento no me gustó nada, Amalia, pero me hice la loca, como siempre, y me aguanté nomás.

Entonces se me tiró encima y, de una, todo alocado, me sacó casaca y polo, y me agarró las tetas por debajo del sostén de gimnasia, que me aprieta un montón (tú sabes que soy horriblemente tetona), y jadeaba como cuando está superexcitado pero más que de costumbre, y noté que tenía una erección enorme. Me aterró (¡veintiún años y todavía me asusta!), hasta que me bajó los *leggings*, el calzón, y (me cuesta seguir contándote, pero hago el esfuerzo) me penetró. Primero fue despacio y luego cada vez más rápido. Yo respiraba hondo, como siempre hago, como en el yoga, tratando de concentrarme y de relajarme para que no me duela, y rezando para que llegue rápido. Parece que Dios me escuchó, porque la cosa no duró mucho. Terminó todo pesado sobre mí, asfixiándome, y yo, con una mezcla de pena y de alivio. Después me miró con dulzura y me dijo

«Seré un loco insoportable, pero me muero por ti, cholita, y tú lo sabes». Ya desde ese momento me tuve que aguantar las ganas de llorar, porque no quería que se fuera, pero tampoco iba a retroceder. Entonces él solito se levantó y fue a hacer su maletín a nuestra habitación (y no lo seguí, porque no quería ponerme a llorar en su cara), y después pasó por su cuarto oscuro y volvió con otro maletín, seguro con sus cámaras y su *laptop*. Antes de irse, me miró todo tierno y me dijo «¿Y ahora? ¿Hablamos o qué?». Yo me paré corriendo, lo abracé y lo invité a almorzar hoy, aquí, de puro ansiosa. Sonrió asintiendo, pero me miró como raro. Seguro no esperaba que yo quisiera verlo tan pronto. Cuando cerró la puerta, me puse a llorar como loca, y terminé mi copa de vino seco y volteado. Después me fui a tratar de dormir, y me pasó lo que ya te conté.

Quisiera creer que, si en lugar de escribirte ahora, me sentara a diseñar la carátula del libro sobre artesanías que estoy por entregar, lograría distraerme. Pero nada que ver. Imposible concentrarme. No sé por qué me siento así, entre eufórica y angustiada, si yo misma he sido la de esta idea. Contéstame rápido, no seas mala. No sabes cuánto me alegra haberte convencido de no escribirnos por Serpost (¿lo decías en serio?). Me estaría volviendo loca esperando tus cartas durante días. Cada día agradezco que se te haya ocurrido ir, por una vez en tu vida, a esa fiesta con la gente del cole. Si no, de repente no nos veíamos más. Después de todo lo que vivimos juntas... Te he extrañado horrores durante años, sin imaginar que volveríamos a acercarnos y, menos, que terminaríamos otra vez como dos adolescentes, contándonos nuestras cosas. Al comienzo no

entendí por qué no chatear y sí escribirnos por correo, pero ya lo comprendo perfecto, y no me cambio por nadie. Y hablando de escribir, te juro que ahora que leo tus correos todos los días, no logro entender por qué te cuesta tanto escribir la novela que te han pedido. Pareces tener tanta facilidad... Bueno, a este paso, soy yo la que se vuelve escritora, ja, ja. Pero cuéntame sobre tu novela y cómo van tus otros «planes». No sé cómo puedes, oye... Me da pánico que te ampayen, que te pase alguna otra cosa fea o que termines enamorándote de otro. No vayas a pensar que me escandalizan tus andanzas, solo es que me dan nervios...

Siempre me siento mejor después de escribirte. ¡Esto es terapéutico, no hay nada que hacer! La vida es linda, Amalia, aunque también pueda ser difícil, como ahora que he decidido romper mis esquemas para encontrar la felicidad con mi marido, cueste lo que cueste. Te dejo porque tengo que ponerme a investigar ya mismo, a ver con qué sorpresa recibo a mi Fer más tarde.

Bye, bye.

Vero

Amalia <amalia@propio.com>

25 abr. a las 9:48 a. m.

Querida Verónica:

No sabes cuánto me entenece el beneplácito con que encaras la existencia. Yo desde niña sentí que era tremenda-

mente injusto que nos hicieran nacer así, inconsultamente, y viví toda mi adolescencia convencida de que la vida era una buena mierda. Sin embargo, en algún momento comprendí que no me quedaba otra, porque tampoco tenía los cojones para tomar las de Villadiego, y que solo tenía una opción: vivir lo más intensamente posible, como si cada día fuera el último (qué vergüenza, esta frase parece sacada de un libro de autoayuda). Y así lo hice, ayudada seguramente por el hecho de presentir, siempre, que moriría en cualquier momento, pronto, porque la fatalidad me acechaba a la vuelta de cada esquina.

Comparto contigo lo del «síndrome del domingo», pero a mí me pasa algo más: cada mañana, al entreabrir los ojos, escucho una voz oscura que susurra, quejumbrosa, algo así como «Ay, no... otra vez... ¿Y ahora?». Luego me froto los párpados y el alma, y salgo al mundo vestida de mujer segura y divertida. Sigo y seguiré sin tener la menor idea de qué diablos hacemos acá, en este mundo cruel, y en cambio me acompaña la certeza de que la vida no tiene el menor sentido. Nada de esto quiere decir que no intente disfrutarla al máximo, sino al contrario. Ya que estoy, trato, como te consta, aunque a veces me cueste sangre, sudor y lágrimas. Es increíble lo difícil que puede resultar algo que suena tan simple y trillado: gozar de la vida. Espero no resultarte demasiado aguafiestas —«*waterparty*», como tú dices— con estas «filosofadas».

Conociéndote, sé que la partida de tu hijo Rafael equivale a una arrancada de entrañas en crudo. Te entiendo, pero no quiero saber de qué me pierdo sin hijos. Nunca me he arrepentido de mi negativa a reproducirme y me reafir-

mo en la visión de un planeta superpoblado y cada vez más hecho mierda. Lo máximo que me ha pasado, de puro narcisa, ha sido preguntarme «¿Cómo sería un hijo mío?», alucinando diversas fisionomías resultantes de la mezcla de los guapos Eric y Amalia, o sea yo. Con toda sinceridad, la sola idea de que alguien dependa de mí de por vida —demenzialmente, encima, porque así es la cosa— me parece atroz. Ni siquiera podría tener un perro. Desde hace años vivo con mi adorada y bella gata *Sofía*, que me depara indecibles momentos de felicidad y la más dulce compañía, pero que hace con su vida —y conmigo— lo que le da la gana. Nunca he cuidado plantas, pero sí me gusta mirarlas. Los niños y los bebés me causan un rechazo visceral. Por suerte, siempre me encantó ver a Eric y a Elisa juntos; el amor mutuo, que en ellos se percibe tan a flor de piel, llega a conmoverme hasta las lágrimas. Pero esto me sucede porque los quiero a los dos y porque —la verdad sea dicha— ambos son hermosos, por dentro y por fuera. La gente fea no debiera existir, y menos reproducirse (ese, por suerte, no es tu caso).

A veces envidio eso que tú no soportas: que tu marido reviente, que te diga las cosas en la cara, que grite, que te arme la bronca. Mi vida con Eric transcurre en medio de una calma sospechosa, aburrida, triste. Él no pierde la compostura jamás, y solo con unos tragos encima alcanza cierto grado de simpático descontrol. Cuando toma más de la cuenta se pone insoportable —sabes que odio a los borrachos y que chupar nunca ha sido lo mío—, pero esto afortunadamente pasa rara vez y, cuando sucede, se desmaya pronto. Yo sé que Eric sigue profundamente enamorado de

mí, pero no tiene idea de lo que me pasa y, además —esto es lo que más me irrita—, da por sentados nuestra relación y nuestro amor. A ti te sorprende que después de veintiún años de casada te sigan asustando las enormes dimensiones del miembro viril de tu marido; a mí me aterra que, después de quince, Eric y yo seamos, en el fondo, un par de extraños el uno para el otro y que, encima, vayamos por la vida como la parejita perfecta. Tu convivencia será un infierno intermitente, Verónica, pero al menos hay, en él, lugar para la sorpresa.

Acabo de releerme y siento la imperiosa necesidad de hacerte un anuncio estilístico: en adelante usaré, cuando me provoque, la palabra *pinga* y otras semejantes para referirme a partes pudendas y a acciones relacionadas con ellas, corriendo el riesgo de parecerte vulgar. No me provoca echar mano, en estos correos, de expresiones eufemísticas —como la de líneas arriba— ni de otras igualmente forzadas. Estamos hablando entre amigas, ¿no?

Mis polvos con Eric —de cuya frecuencia después de tantos años debiera yo jactarme— carecen de toda inventiva. Siempre tengo orgasmos —por lo menos uno, y él también—, pero eso no me basta. Lo nuestro es bien fácil: sabemos perfectamente qué funciona para cada uno, y eso nos hacemos. ¿Merece eso llamarse «sexo»? A él pareciera bastarle esta mecánica satisfacción mutua y, por eso, encararle esta verdad sería tan devastador para Eric como para Fernando escuchar tu confesión completa. Has hecho bien en mentirle a medias, y sé cuánto debe de haberte costado. Te felicito. Creo, Verónica, que si le decías que vienes fingiendo orgasmos con él desde hace dos décadas, no se

le volvería a parar nunca más al pobre. (Dicho sea de paso, siempre he pensado que, si yo fuera hombre, no se me pararía, ¡es mucha presión!). La gente sobrevalora la sinceridad y la usa —conscientemente o no— para hacer daño. Muchos de quienes defienden el valor absoluto de la veracidad no son más que unos reverendos hijos de puta.

Me pregunto qué hay entre Eric y yo, si eso que tenemos ya no puede llamarse «sexo». Esta interrogante me carcome. Una relación sin intensidad erótica siempre me pareció algo horripilante que solía pasarles a todos, menos a mí. «Primero, muerta», me decía. Es difícil de explicar, pero siento que algo en mí se ha dormido; que se me ha perdido el cuerpo. Sé que Eric tiene poco o nada que ver con esto que me pasa, y siento que no es con él con quien puedo recuperarme. Por eso intento reencontrarme con otros; quizá así también pueda volver a él. Tú tranquila, Verónica, que nada malo me va a pasar. Te aseguro que mis amantes son sometidos a un exigente examen de admisión para garantizar que nadie salga mal parado.

Quizá mi dificultad para escribir la novela tenga que ver con esto que he tratado, torpemente, de explicarte. A veces pienso que no debí aceptar ese encargo. Creo que me agarraron en mi cuarto de hora de omnipotencia. Porque una cosa es haber escrito exitosamente una miniserie de alto contenido sexual para Netflix, y otra, escribir una novela erótica, que no puede ser un salpicón de polvos. Siento que no tengo nada que decir, ni desde dónde decirlo; que estoy vacía, que no tengo «voz» —como dicen los escritores—, ni tampoco historia que contar. En suma, estoy rejodida.

Con todo respeto y cariño, Verónica, te confieso que me he reído mucho al imaginarte asqueada respirando el aliento de Fernando. Y me has hecho pensar, rememorar, preguntarme cuándo fue que Eric y yo dejamos de besarnos. Solo sé que nos enamoramos besándonos; besándonos horas, días, noches enteras. Yo, hasta entonces, desconocía la fuerza de los besos. Recuerdo con nitidez espeluznante cómo me consumían los nervios la primera vez que esperé a Eric en mi departamento, segura de que esa noche terminaríamos en la cama. ¿Y si no nos gustábamos lo suficiente? ¿Y si no había química entre nosotros? Sin embargo, una vez que lo tuve enfrente no dudé más. Nos miramos y nos besamos, muy despacio, nuestras bocas entreabiertas rozándose apenas, probando cautelosamente los sabores, los olores de nuestras salivas y alientos, al ritmo impuesto por respiraciones cada vez más agitadas. Llegamos a la cama sin dejar de besarnos así, nuestras lenguas inmóviles, en respetuosa espera. No nos desvestimos, ni se quitó los lentes. Me tendí con las piernas abiertas bajo mi falda y Eric se echó sobre mí. Entonces sentí su bulto hinchado y caliente contra mi pubis, y nos seguimos besando solo con los labios, nuestros cuerpos completamente adosados. De pronto, nuestras lenguas empezaron a lamerse tímidamente, y percibí cómo su pinga crecía aun más bajo el cierre del pantalón, y abrí las piernas para colocarla sobre mi clítoris hinchado y palpitante, moviéndome y frotándome contra ella, mientras nos seguíamos besando, alternando voracidad con dulzura.

Esa vez, en ningún momento se nos ocurrió quitarnos la ropa. Tal era la arrechura irradiada desde nuestros labios